
La Diosa de la Tierra

Arturo Robsy

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 899

Título: La Diosa de la Tierra

Autor: Arturo Robsy

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 11 de julio de 2016

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Diosa de la Tierra

El sol temprano, limpio y reluciente, bajó en un vuelo rasante por la calle de Alcalá, pasó por los ojos de la puerta neoclásica y se detuvo sobre la cabeza de La Cibeles.

La vieja diosa de piedra seguía saludando desde su carro pero, sobre su corona, sucedía algo insólito: en difícil equilibrio, un hombre se mantenía allí con los brazos abiertos y un gesto adusto.

Mucho después, cuando Madrid había puesto en circulación a su humanidad motorizada y a su pueblo de infantería, la gente empezó a reparar en el tipo de los brazos abiertos. Vestía de negro y procuraba no caerse al agua de la fuente.

—¡Eh! —dijo, por fin, un guardia. Lo hizo con timidez porque no había pedido permiso a la superioridad e ignoraba si el equilibrista incumplía alguna ordenanza o si disponía de permiso para saltársela.

—¡Eh! —insistió. Pero el hombre aquel era como Rubén Darío cuando quería volverse piedra dichosa «porque esa ya no siente» ni el dolor de ser vivo ni la pesadumbre de estar consciente. Posiblemente ese era el caso.

La policía nacional llegó después y también probó suerte:

—¡Eh!

El interesado, corona inmóvil de la diosa, siguió mirando obstinadamente a levante, a oriente. Quizá a Belén, quizá a La Meca: a distancia ni se le apreciaba la raza ni la religión, y sólo se podía sospechar que se trataba de un presunto loco o de un artista famoso decidido a promocionar su obra.

—¡Eh! —insistió la policía nacional , más perseverante que la municipal.

El tipo miró en torno y, poco satisfecho, decidió que necesitaba algún ruido supletorio:

—Llamen —dijo— a los bomberos.

Poco discretos, éstos llegaron con sus sirenas y sus luces y, entonces, una mínima multitud se congregó en torno a la fuente y en las esquinas del Banco de España y de Correos.

—¡Eh! —dijeron los bomberos, también dubitativos.— ¿Quiere que le bajemos?

—No. Paren las sirenas, por favor. —pidió el equilibrista.

Cumplido esto y embotellado el tráfico, consideró que era el mejor momento:

—¡Destruiré el mundo! —clamó en aquel concurrido desierto.

Las dudas se desvanecieron: un presunto loco que se había despertado creyéndose familia de Dios.

—¿Cómo? —le preguntó el guardia municipal— ¿Con un rayo?

—¿Cómo? —respondió el de arriba con una sonrisa sarcástica.— Dejándoos sueltos.

La gente, tranquila, se reía. Los locos tienen salidas.

Un poco más a poniente, el sol llegó, en su ronda matutina, al Edificio de las Naciones Unidas. Las enormes cristaleras le devolvieron los rayos: allí dentro se prefería la luz eléctrica, más civilizada.

En la gran sala, hombres cuerdos y decididos se disponía a arreglar la crisis que habían desatado el día anterior. Su delicado trabajo no era sino la última versión del tapiz de

Penélope y servía para dar salida a los impuestos que pagaban los ciudadanos del mundo.

Un hombre alto, enjuto y sano, sostenía que habían sido violadas varias cosas importantes y consideraba que la libertad estaba amenazada. En su opinión, otro hombre no tan alto, no tan enjuto pero igualmente sano, debía retirar los soldados que ocupaban determinado lugar lejano. Sus botas no hacían más que aplastar la tierna planta de la libertad que crecía allí.

Los demás delegados, no afectados por el problema, leían los periódicos o repasaban las palabras que pensaban pronunciar cuando les llegara el turno. Todos los días alguien le hacía algo a la libertad y lo raro era que la libertad, recibiendo tan mal trato, se obstinara todavía en circular por el planeta.

El que debía retirar soldados del remoto lugar, después de mover la cabeza, manifestó que las amenazas oídas eran inaceptables, recordando, por si se olvidaba, que su ejército era tan bueno como el que más y con mayor número de bombas, si cabía.

La «Hora» que, de creer a Quevedo, cogió a tanta gente durante el Siglo de Oro y les obligó a decir la verdad, atrapó al primer orador. Se destapó como una caja de resorte y emitió un ultimátum:

Si aquellos lejanos soldados no salían, en pocas horas, de aquel remoto lugar, la defensa de la libertad amenazada le obligaría a lanzar sus mejores misiles. La destrucción del mundo sólo sería atribuible a la irresponsabilidad del otro bando, que lo sacrificaría todo a sus intereses.

Nadie pensó que el orador estuviera loco. Nadie fue capaz de preguntar cómo destruiría el mundo, porque todos sabían que disponía de los recursos necesarios.

A la misma hora, después de bajar al extravagante de la

cabeza de La Cibeles, un médico le había inyectado un poderoso sedante y apelaba a su razón:

—Hombre de Dios. —le decía— ¿Cómo tiene esa idea de destruir el mundo?

—La tienen muchos. —murmuró el visionario, deslizándose hacia el sueño.

Caía ya en él cuando abrió un ojo sonriente:

—Pero si yo hubiera podido destruirlo —añadió— nadie me hubiera puesto una inyección ni me hubiera llamado loco.

Afortunadamente las tropas lejanas, una vez más, se retiraron, no sin conseguir que alguien firmara un crédito para sus poderosos gobernantes. Y el mundo siguió girando bajo las ruedas del carro inmóvil de la diosa de la Tierra. Ignorante.

Arturo Robsy



Arturo Robsy Pons (Alayor, Menorca, 10 de julio de 1949 - Mahón, Menorca, 15 de julio de 2014) fue un escritor, poeta y articulista.

Durante sus años de juventud publicó relatos de forma continuada en la prensa local, especialmente en el Diario Menorca, labor que compaginó con la coordinación de una sección en el mismo periódico en el que se publicaban

cuentos de autores noveles. Conocido polemista, colaboró también de forma regular con prensa escrita de ámbito nacional, como "El Alcázar" y, tras la desaparición de éste, en "La Nación", así como en revistas y publicaciones como "Cuadernos de Humor", "Razón Española", "Altar Mayor" y la revista de la Fundación Francisco Franco.

Cultivó la amistad de otros escritores e intelectuales ideológicamente afines, como Fernando Vizcaíno Casas, Ángel Palomino, Marcelo Arroita-Jáuregui, Juan Luis Calleja y el poeta Alfonso López Gradolí.

Su obra literaria, tanto en verso como en prosa, en el ámbito de la ficción o el ensayo, es inseparable de su pensamiento político, ya que se consideró durante toda su vida falangista. Su activismo político y militancia, así como la marca indeleble de éstos en su obra, marcaron su exclusión de los circuitos comerciales editoriales, si bien no acabaron con su determinación a escribir y ser leído: autoeditó buena parte de su obra y fue pionero en la distribución en formato digital de sus escritos, primero en forma de discos enviados por vía postal, posteriormente a través de una BBS propia y, con el advenimiento de Internet, a través de distintos blogs y colaboraciones con medios digitales.